

LA UTOPIA RACIAL DEL EUGENISMO ARGENTINO

SERGIO CECCHETTO
(UNMdP - CONICET)

RESUMEN

El convencimiento íntimo de que una familia o grupo humano es racialmente superior a sus vecinos es un prejuicio arraigado entre los seres humanos de toda época y lugar, pero sólo con el advenimiento de la ciencia decimonónica tal idea pudo adscribirse a las cualidades biológicas heredadas. La eugenesia trató de establecer con relación a esos parámetros una ponderación de la vida humana valiosa y disvaliosa, aunque para su justificación tuviera que apelar a teorías de la herencia muy endeblés. A medida que estas propuestas teóricas fueron ganando hondura y confirmaciones prácticas, el saber de los eugenistas fue perdiendo su base científica de sustentación. Enfrentados a un contexto del saber que les era adverso, continuaron sin embargo sin variar la oferta de sus recetas y persiguiendo, con las mismas herramientas, una finalidad performativa. La persistencia de esta creencia en la región, apenas modificada con propósito cosmético para simular acuerdos de fondo con la ciencia biomédica naciente, denuncia la existencia de rasgos orientadores del movimiento social eugenista argentino, en el que preponderó su naturaleza utópica e ideológica, por encima de toda otra consideración tecnocientífica.

PALABRAS CLAVE: la cuestión social, la vía represiva y la legislativa, el mejoramiento racial.

ABSTRACT

The intimate conviction that a family or group of people is racially superior to their neighbors, is a rooted prejudice among people from all time and place, but only in the 19th Century could science attach that idea to the inherited biological qualities. Eugenics sought to establish these value parameters in relation to the human life, although its justification based on weak theories of heredity. As the theoretical proposals were better formulated and confirmed in practice, Eugenics lost its scientific support. However, it continued offering practical guidelines. In Argentina, the persistent Eugenics beliefs did not change much in order to agree with the new

biomedical science. The utopian and ideological nature of these beliefs, which guided the social movement of Eugenics in Argentina, was more relevant than any other techno-scientific concern.

KEYWORDS: The Social Issue, Repressive and Legislative Ways, Racial Improvement.

La “cuestión social”

Hacia 1880 la Argentina pudo desprenderse de dos problemas mayúsculos que habían ocupado la mayor parte de sus esfuerzos por constituirse en nación: el conflicto con el indio, por una parte, y las guerras civiles, por la otra. Es tópico afirmar que la llamada Argentina Moderna es producto de una serie de transformaciones profundas, entre las que se encuentran la finalización de la guerra contra el Paraguay, la “conquista” del desierto, la erradicación de las últimas montoneras y el asentamiento de la capital en Buenos Aires.¹ A estos hechos debemos sumar, entonces, los otros dos conflictos mencionados. La democracia liberal propugnada por los ideólogos del '80 era, en definitiva, una fuerza política irresistible que vendría a echar por tierra y definitivamente con todos los resabios coloniales: dictadura, esquemas teocráticos, caudillismo, la “barbarie” sarmientina.

El proceso ejecutivo que llevó adelante el programa ideológico emancipador fue liderado por sectores dirigentes de la burguesía nacional, aunque fuertemente comprometidos con los intereses de los ya asentados países europeos. La radicación de capitales y los empréstitos extranjeros jugaron un papel decisivo en la conformación de una infraestructura ferroviaria, portuaria y caminera. Ni la crisis de 1873 ni la de 1890, y ni siquiera las consecuencias de la Primera Gran Guerra (1914-1918), afectaron este crecimiento sostenido. Aún más: la incorporación constante de inmigración de origen europeo como mano de obra calificada

¹ En palabras de Alberdi: “Setenta años después de la Revolución de Mayo (...) la República ha renacido o mejor aún recién ha nacido como estructura política, el día en que dejó de existir la vieja institución monárquica de la provincia-capital, en la que el régimen colonial seguía viviendo hasta 1880”. ALBERDI, Juan Bautista. “La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital”, en: *Obras selectas*, Buenos Aires, 1920, tomo XII: 5-6.

permitió sortear con cierta facilidad los altibajos económicos propios y los contextos desfavorables ajenos, hasta convertirlos en posibilidad de crecimiento. Los movimientos de población sirvieron, alternativamente, para controlar nuestras fronteras políticas, regular nuestro mercado de trabajo, desarrollar nuestro sistema productivo, recaudar y distribuir recursos, e incluso mitigar conflictos –aunque en paralelo forzaran la aparición de conflictos novedosos. Esta alianza entre importación de mano de obra y entrada de capitales extranjeros se conjugó con la visión política y constructiva local, orientadora de las inversiones y de los trabajos a desempeñar.

Las primeras reflexiones sobre la problemática poblacional en el país aparecieron con la Revolución de Mayo,² y se continuaron con Nicolás Avellaneda, Martín Rodríguez y Bernardino Rivadavia, antes de desembocar en sus voceros preclaros de la generación de 1880, los cuales vincularon de inmediato la cuestión de la población con el tema de la unificación política. Ellos pensaron en una inmigración no forzada (como la que fue practicada durante la colonia con los esclavos negros), pero tampoco espontánea, sino planeada, orientada, selectiva. Una política migratoria, en suma, que como parte de un programa político de población influyera de modo decisivo sobre el tamaño, la composición, el origen, la dirección, asentamiento e integración de los flujos migratorios, y los incorporara como parte de una dinámica mayor de planificación económica y social.

El comportamiento del capitalismo en la Argentina durante el período 1870-1929 estuvo signado por una estrategia agroexportadora que precisaba de la afluencia de capital extranjero y de mano de obra llegada también del exterior, de ahí su carácter dependiente. El Estado nacional fue consolidándose lentamente en base a la alianza entre estos dos factores, bajo la tutela de una oligarquía liberal que controló al aparato estatal sin ocultar sus compromisos ideológicos con el positivismo y el cientificismo europeizante. La propuesta explícita de este grupo hacia el resto de la sociedad era que el progreso sería continuo e ininterrumpido, con lo cual se aseguraría el bienestar, la seguridad y el ascenso social de todos los habitantes del país. Esta idea evolucionista de la lucha de nuestra especie hacia su natural superación fue compartida por

² Hacemos a un lado ahora la preocupación por aumentar la población, redistribuirla y colonizar de los funcionarios de su Majestad española en el período inmediatamente anterior.

grandes sectores poblacionales, por cuanto el enorme crecimiento de las exportaciones en el período y la rápida expansión económica lograda le permitió a los grupos dominantes una capacidad distributiva holgada con la cual encarar políticas sociales mínimas. Al tiempo que se legitimaba su proyecto de clase, entonces, éstos mantenían intacta la base de su poderío económico y su capacidad de mando.

El aporte migratorio no fue, por tanto, un fenómeno aislado o menor dentro del proyecto encarado por la clase dirigente. Por el contrario, en tanto que fenómeno demográfico de envergadura debe comprendérselo como variable independiente del proceso político gestado en nuestro país hacia fines del siglo XIX. La inmigración masiva –proveniente en su mayoría del sudoeste europeo– golpeó directamente sobre el tamaño, la composición, el ritmo de cambio y la distribución espacial de la población. La concentración se produjo en la zona pampeana y el litoral rioplatense (las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos y la ciudad de Buenos Aires), forzando a una rápida y temprana urbanización de estos territorios. El modo de tenencia de la tierra, la caída de barreras proteccionistas y la concentración económica ligada al modelo agroexportador impulsó, además, a una migración interna desde el interior hacia las zonas de mayor movilidad económica.³ La crisis económico-política argentina de 1930 puede proponerse como un hecho que funciona a la manera de bisagra entre un modelo capitalista que culmina y otro que lo sustituye. En esos años el mercado internacional se retrajo y redujo bruscamente su comercio exterior pero, además, en paralelo, dejaron de ingresar capitales al país y se produjo una fuerte caída de los precios. El capitalismo demostró entonces que no era capaz de regularse a sí mismo, que necesitaba de una mano fuerte que lo guiara para garantizar su eficiencia. La oligarquía terrateniente junto a los sectores industriales asociados con el capital extranjero conformaron así una alianza que derrocó al gobierno constitucional de Yrigoyen para apropiarse de la conducción del aparato estatal, y reemplazar al liberalismo reinante por un intervencionismo creciente. La estrategia a implementar se orientaba hacia la industrialización sustitutiva de importaciones, aunque se veía a estas medidas obligadas como

³ En 1869 el 72% de la población vivía en zonas rurales, pero para 1895 esta cifra descendió al 63%, y al 47% en 1914.

coyunturales y provisorias, llamadas a ser discontinuadas en cuanto la situación se tornase favorable para instalar nuevamente el liberalismo abandonado. La modificación del ingreso masivo de extranjeros al país acompañó estos cambios, pues inició su declinación hacia 1914 y la tendencia se acentuó fuertemente para 1930.⁴ Si hasta entonces los recién llegados se habían transformado en el principal factor del aumento poblacional, a partir de ese momento el incremento de la población dependería en proporción mayor del crecimiento vegetativo.⁵

El proyecto modernizador no estaba sin embargo situado exclusivamente en una zona de luz y racionalidad. Rápidamente comenzó a mostrar también sombras, contradicciones y ambigüedades, las cuales se reflejaron en la política migratoria, en las normas conexas, y en la imagen que evocaba el inmigrante a los ojos de los buenos ciudadanos. Si en la postulación inicial el recién llegado era aceptado como un motor dinamizador del progreso, los acontecimientos posteriores demostraron que también era capaz de ser un individuo sospechoso, rapaz, ávido de riquezas fáciles, materialista, degenerado, indeseable, delincuente, asocial. ¿Cómo se produjo tal cambio?, ¿cómo los extranjeros se convirtieron en los responsables de los males internos que afectaron al país, despertando sentimientos xenófobos, políticas discriminatorias y prácticas racistas? Anotaremos apenas algunos acontecimientos clave que fueron modificando gradualmente la primera imagen pastoril del inmigrante y transformándola en una figura intranquilizadora. Los inmigrantes no sólo trajeron consigo sus enseres de labranza y herramientas de trabajo, sino también el germen de las nuevas ideologías que se enseñoreaban en Europa, junto con sus métodos de acción y de organización obrera. Muchos de los huéspedes recién llegados estaban ya convencidos de que el capitalismo solamente podía ser dominado por la lucha política, y estaban dispuestos a ganar nuevos adeptos para su convicción, aunque se pudiera discutir en detalle sobre las prácticas más idóneas para combatir a la burguesía.

⁴ NOVICK, Susana, *Política y población. Argentina, 1870-1989*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992, vol. 1.

⁵ Para entonces el índice de masculinidad comenzó a descender, disminuyó el porcentaje de extranjeros sobre el total de la población, e igualmente se hizo palpable el descenso de la tasa de fecundidad, mientras que la tendencia decreciente de la tasa de mortalidad general se volvió más lenta.

La aparición en el país de asociaciones gremiales de oficios diversos –panaderos, albañiles, yeseros, molineros, tapiceros, etc.–, podía llamar la atención, pero la lucha franca en las calles aterrorizó a los sectores medios y a la oligarquía. La creciente ideologización de los trabajadores era un dato alarmante, y la aspiración sindical temible. Las doctrinas globales que sustentaban estas organizaciones –autodefinidas como meramente obreras– las volvían en ocasiones aparatos cercanos a un partido político, sin más. Algunas de ellos se recostaron sobre el ideario socialista, otras sobre el liberal, el social-cristiano o el “amarillismo”,⁶ mostrándose en consecuencia más proclives al orden cooperativo, al reformismo, a la colaboración política con los regímenes burgueses en aras de obtener mejoras parciales. Otras, en cambio, inscriptas en una veta revolucionaria, subrayaron el contenido clasista de sus reivindicaciones y propugnaron como método válido el principio de lucha de clases y la destrucción violenta del sistema capitalista (anarco-sindicalismo). Por otra parte los extranjeros llegaban al país en un estado sanitario que debía controlarse, pues podían transformarse rápidamente en vehículo de contagio de sus patologías de base. También sus costumbres estaban puestas bajo la lupa, por cuanto sus hábitos y su religión eran la cuna en la cual se incubaban distintos males corporales y morales.

La política de puertas abiertas, además, volvió a los inmigrantes potenciales competidores de la mano de obra local. Obstaculizar su ingreso era una manera solapada de proteger el nivel interno de empleo, combatir la desocupación y la baja progresiva de los salarios. Las primeras reflexiones críticas en torno de aquella estrategia se plasmaron en la legislación de las décadas de 1930 y de 1940, al tiempo que se instó a buscar una nueva política de corte selectivo para los inmigrantes con un doble propósito: poblar el desierto (colonización) y fortalecer la raza nativa.⁷ Para

⁶ Se llamó “amarillos” a los sindicatos que surgieron con el apoyo de la patronal.

⁷ Ver, por ejemplo, la fundamentación esgrimida en la Ley 12.331 y los decretos del 26-11-1932, 17-10-1936, 28-7-1938, en la Ley 8.970/38 y la 10.908/41. Pueden consultarse además, con provecho, RAMELLA DE JEFFERIES, S. Hace un balance de la primera encuesta sobre población llevada adelante en 1918-1919 por el Museo Social Argentino (*Las ideas sobre inmigración durante la primera posguerra*, Jornadas de Inmigración, Buenos Aires, Ministerio de Educación y Justicia, 1985, mimeo). Ver también el sondeo del Museo Social Argentino, “Nuestra encuesta sobre la inmigración”, *Boletín del Museo Social Argentino*, 17 (207-208), septiembre-octubre 1939 y las actas del *Primer Congreso de la Población*, Buenos Aires, 1941, publicadas también por esa institución.

cumplir cabalmente con el primero de estos objetivos se hicieron reformas a la tenencia de la tierra (afectando el derecho a la propiedad, sagrado para la doctrina liberal), disponiendo su expropiación, subdivisión o concentración en tanto éstas se opusieran a la actividad agrícola.⁸ El segundo objetivo, en cambio, obligaba a una polémica sobre las virtudes y defectos de la raza vernácula (débil, inferior, enferma y mestiza, para unos; vigorosa y sana para otros) y la consecuente terapéutica inmigratoria regeneracionista. Todos estos conflictos fueron derivaciones directas de las transformaciones económicas, sociales e ideológicas que se impulsaron desde la esfera oficial. El país era frágil y rico, aunque la riqueza estuviera muy mal distribuida y para edificarla algunos tuvieron que realizar trabajos en condiciones vejatorias, vivir en condiciones infrahumanas, sumergidos en un pozo de miseria, y pasar los momentos ociosos en actividades y locales degradantes: el bar, la taberna o el prostíbulo.

La vía represiva y la vía legislativa

El optimismo sostenido hasta la caída del gobierno de Juárez Celman en 1890 fue haciéndose cada vez más difícil de mantener. Los primeros movimientos sociales, en las ciudades principalmente, eran reacciones esporádicas y dispersas que se rebelaban contra el abuso y la explotación laboral. Su envergadura no alcanzaba para empañar el triunfalismo del elenco gobernante, ni la conquistada pacificación interior. Pero ya entonces, si se escrutaba el horizonte con mirada atenta, podían percibirse signos que anunciaban una disolución del proyecto modernizador o, por mejor decir, una dimensión no prevista e incómoda en el ideario modernizador. Cuando ésta no pudo esconderse por más tiempo –puesto que en un principio sencillamente se la ignoró–, los caminos a tomar para resolverla fueron dos: la represión o la reforma legislativa.

Miguel Cané –por entonces diputado– adoptó la primera de esas rutas, y con ese propósito elaboró un proyecto (1900) que se transformaría en Ley N° 4.144 de Residencia de Extranjeros en 1902. En ella el Poder Ejecutivo se arrogaba el derecho de ordenar la

⁸ Vale recordar aquí la actividad del Consejo Agrario Nacional y la Ley 12.636, la cual afectó el concepto civil de propiedad privada.

salida del territorio de la nación a todo extranjero condenado o perseguido en el exterior por crímenes o delitos comunes, y a todo extranjero que con su conducta comprometiera la seguridad nacional o perturbara el orden público. De igual modo, se impediría la entrada de sujetos cuyos antecedentes no fueran satisfactorios en tal sentido. Quedó así establecido en el texto de la ley un nexo indisoluble entre crimen e inmigración, que las teorías del atavismo y de la degeneración europea vinieron a confirmar. Este instrumento legal se pudo combinar con otras herramientas igualmente temibles: la declaración del estado de sitio (medida reiterada con frecuencia a partir de 1902), el allanamiento de locales obreros y partidarios, la cárcel para los manifestantes y militantes gremiales, el secuestro de las publicaciones periódicas y demás materiales de propaganda política, la destrucción de imprentas, etc. El gobierno argentino endureció su posición cuando sancionó la Ley N° 7.029 de Defensa Social, reglamentando la admisión de extranjeros en el territorio argentino (1910). En ella no sólo se justificaba y legitimaba la expulsión y la restricción del ingreso de inmigrantes apelando a valores como la seguridad y el orden, sino que además se identificaba en forma explícita aquellas ideologías que confabulaban contra estos valores. Se prohibió así el ingreso de nuevos anarquistas y sus reuniones -públicas y privadas, gremiales o partidarias-, enumerando un listado de penalidades que iban desde una simple multa hasta la pena de muerte.

La Ley de Residencia fue una respuesta política gubernamental al incipiente movimiento sindical y político-urbano encabezado por ideólogos extranjeros. La Ley de Defensa Social, en cambio, tropezó con un malestar social más agudizado y planteó sus objetivos en términos de una lucha contra el terrorismo sembrado por dinamiteros ácratas. Importa señalar que la imagen bucólica que acompañaba al inmigrante que llegaba a estas tierras dispuesto a expandir al capitalismo y hacerlo fructificar se vio transformada en apenas ocho años hasta hacerla coincidir con un cuestionador insobornable de las presuntas bondades que el sistema capitalista ofrecía. Lo cierto es que ambas imágenes eran verdaderas y que individuos que respondían fielmente a ellas coexistieron disimulados en una población que no hacía más que transformarse. Ninguna de las normativas mencionadas logró sin embargo que el flujo migratorio desde el exterior se viera disminuido, puesto que en este período el ingreso de extranjeros alcanzó su punto más alto.

Los políticos y funcionarios más preclaros optaron por enfrenar la cuestión social por vía legislativa, proponiendo reformas e incorporaciones normativas hasta entonces inexistentes. Joaquín V. González -por entonces Ministro del Interior del segundo gobierno de Roca- encargó en 1904 un relevamiento de las clases obreras y sus condiciones de trabajo en la Argentina de principios de siglo XX. El encargado de llevar a cabo la tarea fue Juan Bialeto Massé, un médico español que residió en el país desde 1876, graduándose aquí de abogado e ingeniero agrónomo. El cuadro resultante y desolador fue un vivísimo informe en el cual, después de visitar fábricas, talleres y campos, ranchos y conventillos, fondas, pulperías y reuniones obreras, ferrocarriles, buques, tolderías y estancias de todas las provincias, se describen con minucia los empleos principales y las condiciones de trabajo respectivas de varones, niños y mujeres, acorralados por los bajos salarios, las malas condiciones de higiene y seguridad, las jornadas laborales extensísimas, ausencia de reaseguros frente a enfermedades o paro, y falta de descanso semanal.⁹ Este material fue utilizado por J. V. González como soporte para la elaboración de un proyecto de Ley Nacional del Trabajo, que fuera remitido al Congreso en 1904. La iniciativa, acompañada por un mensaje preliminar de 80 páginas, incluía 465 artículos, y fue el primer intento orgánico y sistemático por plasmar una legislación laboral en el país. Por un lado, el gobierno central reconoció con este movimiento que la cuestión social existía, y que había que otorgarle alguna solución a través de reformas legislativas. Algunos sectores, como la Iglesia católica romana, y algunos intelectuales -Manuel Ugarte, Del Valle Iberlucea, Augusto Bunge, José Ingenieros, todos con inclinaciones socialistas, al igual que Bialeto Massé-, se mostraron complacidos; pero las organizaciones obreras y empresarias se mostraron disconformes por lo que entendieron un avasallamiento de la libertad de trabajo reconocida en el Código Civil y en la Constitución. Para algunos el proyecto era "demasiado avanzado", para otros demasiado "socialista", para otros finalmente demasiado "represivo". Los trabajadores más radicalizados repudiaron igualmente que el proyecto pretendiera reglar las condiciones de existencia de las asociaciones obreras, y que se hiciera eco, además, de las

⁹ BIALETO MASSÉ, Juan, *Estado de las clases obreras argentinas a comienzos del siglo*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1968.

disposiciones represivas de la Ley de Residencia. Este frente opositor fue aumentado por muchos militantes socialistas que se vieron enfrentados a una dificultad seria: por un lado en la redacción del proyecto habían intervenido intelectuales educados en el socialismo, pero por otro no podían desconocer que las masas obreras estaban descontentas con el resultado final. No les quedó otra salida que hacer naufragar la iniciativa, pero reconociendo a la vez que el escrito contenía elementos positivos.¹⁰ Roca echaría mano veinte años después al mismo proyecto de González, aunque nuevamente el éxito le fue esquivo.

También Roque Sáenz Peña influyó desde la Presidencia de la República a pacificar los ánimos, con la promulgación de su Ley Electoral. Esta aseguró la legalidad del sufragio (obligatorio y secreto) y de los procesos electorales democráticos, permitiendo el ascenso al poder a la Unión Cívica Radical y a su candidato Hipólito Yrigoyen. Un importante sector de la burguesía nacional enrolada en este partido político comprendió que la clase obrera organizada no podía neutralizarse mediante una sencilla represión policial o militar, tal como lo había ensayado la oligarquía en el período inmediatamente anterior. Eligió como estrategia, entonces, el camino legislativo, la conciliación y el diálogo, coronado por pequeñas y parsimoniosas concesiones: la ley sobre descanso semanal en 1904, la reglamentación del trabajo de mujeres y niños en 1907, la inspección de los establecimientos industriales y comercios en 1912, la ley de accidentes de trabajo e imposibilidad de embargar sueldos pequeños en 1915, el seguro de maternidad en 1933, la ley de jubilaciones para empleados de comercio, asistencia médica escolar e imposibilidad de embargar los instrumentos de trabajo y del hogar en 1938. Prácticamente todos estos temas estaban contemplados en el proyecto de González de 1902, pero fueron apareciendo en el terreno legislativo fragmentados y con décadas de demora. El fin de la primera contienda bélica mundial, junto con el triunfo de la Revolución Rusa (1917) y la fundación de la III Internacional y del Partido Comunista local, plantearían nuevos conflictos y renovados reclamos de clase al gobierno patrio.

¹⁰ Tal la posición de Juan B. Justo, por ejemplo, presidente del Partido Socialista.

La aparición de la eugenesia

En el codo del siglo XIX y principios del XX ya la “cuestión social” se había instalado en la Argentina como problema crónico a ser resuelto. Algunos entendían por tal a los permanentes conflictos entre obreros y patronos, pero existían además otros condimentos que volvían a esa explosiva mezcla aún más amenazante, en especial la teoría de la degeneración acuñada en Francia alrededor de 1850 y la novísima “cuestión racial” importada también de los países europeos. Hasta la década de 1920 el foco de las preocupaciones estuvo capitalizado por la inmigración, pero las dos décadas siguientes evidenciaron un desplazamiento de la atención desde los barcos hacia las cunas: la reducción de la mortalidad infantil, la promoción de los nacimientos, la tutela de la salud materna y de la infancia, etc. El adagio de Alberdi “Gobernar es poblar” resultaba ya insuficiente hacia 1920, y empezaba a escucharse por doquier que “Gobernar es poblar bien”.¹¹ La preocupación vernácula por asegurar la generación humana en las condiciones más saludables posibles fue un interés que desveló a la medicina social y a la *genesilogía*,¹² una de cuyas ramas más vigorosas fue denominada en 1883 por Francis Galton como eugenesia.¹³ Esta disciplina científica estudiaba las leyes de la reproducción, con el objeto de prevenir las degeneraciones y obtener el mejoramiento de la especie humana. Sus bases más sólidas para una acción eficiente se encontraban en los conocimientos científicos disponibles sobre la herencia, los cuales aunaban intuiciones más o menos acertadas aportadas por Lamarck, Darwin, Weismann, Heckel y Mendel, entre varios otros. El detonante de estas preocupaciones en el país lo constituyó, precisamente, la figura del inmigrante, y ya no el elemento aborigen (diezmado por los colonizadores, las guerras de la independencia y las enfermedades importadas) ni la preocupación por el mestizaje (inevitable en un país habitado casi en exclusiva por población

¹¹ NARI, Marcela, *Políticas de maternidad y maternalismo político*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

¹² Así la define uno de los más activos miembros de la Liga Argentina de Profilaxis Social, el médico higienista Alfredo FERNANDEZ VERANO en *Para una patria grande, un pueblo sano*, Buenos Aires, Fabril, 1939, 2ª ed; 32.

¹³ Ver CECCHETTO, Sergio, “Sir Francis Galton, herencia y eugenismo”, *Médicos y Medicinas en la Historia*, en prensa. Durante el período estudiado no sólo se habló de eugenesia, sino también de estirpicultura, homicultura y puericultura preconcepcional, aunque estos últimos términos fueron cayendo prontamente en desuso.

aluvional) ni tampoco por la presencia de negros (muy reducidos en número una vez concluida la consolidación territorial).¹⁴

Las dos normas rectoras sobre la herencia entre los estudiosos argentinos estaban constituidas por la conservación del tipo específico (“lo igual engendra lo igual”) y la de evolución. La primera de ellas se apoyaba en las elucubraciones de August Weismann y su teoría de la continuidad del plasma germinativo (virtualmente inmortal e inmodificable), mientras que la segunda recurría a la hipótesis de que el resto de las células somáticas transmitían de generación en generación las modificaciones adquiridas por efecto del medio (esto es la herencia de los caracteres adquiridos postulada por Lamarck y avalada a regañadientes por Darwin). Las conclusiones derivadas de este último aserto dedicaban atención a la herencia directa o inmediata (los ascendientes tienden a transmitir a sus descendientes sus propios caracteres generales e individuales), a la preponderancia (que refiere al peso de la influencia genética de uno de los progenitores por sobre el otro), al atavismo (es decir, a la reaparición de rasgos pertenecientes a especies más primitivas en organismos más avanzados, en ocasiones saltando uno o varias generaciones), y a la homocronía (que refiere a la edad o período evolutivo en el cual se presentan ciertas manifestaciones hereditarias). Este fresco resumidísimo de las ideas científicas imperantes en Argentina entre 1900 y 1940, permite comprender que los conocimientos sobre el problema de la herencia eran eclécticos y altamente confusos, pues mezclaban por partes iguales retazos de comprobaciones científicas severas con grandes pinceladas de suposiciones, intuiciones íntimas indemostrables y fantasía.

La teoría enunciada en Inglaterra por Galton acerca de este asunto fue formulada de manera madura en 1876, y alcanzó gran difusión y popularidad en otras regiones del mundo, incluida entre ellas la Argentina.¹⁵ Galton propuso la existencia de dos tipos de partículas orgánicas, unas internas y sin manifestación aparente en la morfología de los individuos –cuya suma total se conoce bajo el nombre de *stirpes*-; y otras que se reconocen por el aspecto exterior de las personas. Las primeras pasarían sin alteración de padres a hijos, pero su residencia no sería la sangre sino el huevo recién

¹⁴ La primera figura podría caracterizar a la eugenesia mexicana, la segunda a la eugenesia brasileña y la tercera a la eugenesia cubana.

¹⁵ GALTON, Francis, “Teoría de la herencia”, *Revista Europea* (España), 2 de abril 1876.

fecundado, en fase pre-embriónica. Su diminuto tamaño era la causa de que estas gémulas no pudieran observarse, sino apenas intuirse. Ellas no se desarrollaban, no crecían, solamente conservaban la vida y colaboraban para formar el linaje de nuestros descendientes. Ello ocurría así en tanto que a) cada una de estas innumerables partículas –que en su conjunto definen la *stirpes*– era independiente de las otras, y era causa y origen de sólo una parte del cuerpo orgánico –aquí radica la primitiva explicación de la fórmula atomista “una partícula, un rasgo físico”, la cual posibilitaría la manipulación de una partícula concreta con el propósito de incidir en un área determinada del soma: inteligencia, estatura, color de piel, etc.-; b) la *stirpes* poseía innumerables partículas, pero cada cuerpo particular es limitado en sus unidades orgánicas –en sus rasgos-, por lo tanto solamente algunas partículas llegaban a expresarse vitalmente; c) las partículas que no se expresaban pervivían igualmente en el organismo de manera latente, y pasaban a la heredad de la descendencia, donde a su vez llegaban a expresarse vitalmente en unos individuos y en otros no; y d) el mecanismo por el cual unas partículas se expresaban y otras no lo hacían respondía a una ley interior de afinidades y repulsiones entre las mismas partículas, ya en su estado de *stirpes* ya en las distintas fases de su despliegue posterior.

La explicación que formuló Galton era sin duda oscura pero ingeniosa, pues podía responder por qué unas características se “pierden” en la descendencia, para “reaparecer” más tarde en otro miembro de la familia (regresión o reversión); y era solvente para fundamentar el porqué de las diferencias morfológicas entre individuos (variación). Estos dos fenómenos, la regresión y la variación, encontraban de este modo su lugar dentro de esta original teoría de la herencia. Esta no dejaba ninguna posibilidad a la heredabilidad de las características adquiridas, pues ellas no llegaban a inscribirse nunca dentro de la *stirpes* original.¹⁶ A pesar de la diversidad teórica reinante y las múltiples contradicciones existentes, la eugenesia se propuso utilizar esas “leyes” de la

¹⁶ En este sentido puede encontrarse un cierto aire de familia entre esta formulación de Galton y la que luego, poco más tarde, daría a conocer August Weismann sobre el plasma germinal, el *id* que albergaba un buen número de *determinantes* y pasaba de generación en generación sin ser modificado por el medio circundante, puesto que soma y germen corrían por caminos paralelos.

herencia con el objeto de seleccionar los ejemplares más aptos para la reproducción (los tipos eu-génicos) e identificar a los tipos dis-génicos para apartarlos o impedirles la procreación. La oferta no era, en manera alguna, la creación de una nueva raza humana o algún prototipo de superhombre, sino, más modestamente, la eliminación de los sub-hombres portadores de defectos. Este paso necesario haría posible la uniformidad de las cualidades “innatas” deseables y su conservación en el tiempo mediante una “reproducción fiel” generación tras generación. Caso contrario, si estos tipos eu-génicos generasen una gran variedad de vástagos diferentes, la fórmula de adaptabilidad se perdería rápidamente y con ella se echaría a perder también la receta eugenista.¹⁷

Esta línea de pensamiento fue derivada de la cría de animales, y puede entenderse como una concepción clásica y atractiva. Una población uniforme -predominantemente homocigótica diríamos hoy-, de individuos bien adaptados cuyos hijos son siempre similares a ellos mismos, es una población en la que predominan las líneas puras. Las variantes sobre los genes existentes surgen repentinamente durante el proceso de mutación. Si esa mutación le confiere a sus poseedores alguna ventaja diferencial respecto de los otros individuos que carecen de ella, con el tiempo esta nueva configuración iría desplazando a la antigua, y se transformaría finalmente en el tipo predominante. Si, por el contrario, la mutación no resultara ventajosa para los individuos que la sufren, sencillamente éstos acabarían siendo eliminados por selección natural a causa de sus genes inusitados o aberrantes.

Ahora bien, los eugenistas pensaron que al igual que con la cría animal dirigida, una selección humana guiada podría volver exhaustivo el proceso de exploración de los caracteres más deseables, hasta el punto de agotar toda la diversidad innata. El resultado de este tedioso proceso sería la tan deseada población

¹⁷ Existe una segunda receta frente al planteo de la adaptabilidad de la población humana: dotar a cada individuo de gran versatilidad genética, de modo tal que su estructura le confiera un amplio poder de acomodamiento y resistencia frente a situaciones adversas. Mantener las diferencias innatas permitiría entonces que, pasara lo que pasase, siempre habría algunos individuos de la población capaces de sobrevivir y perpetuar la especie (Darwin). Una tercera receta, más actual y humanitaria, con el fin de alcanzar la adaptabilidad consiste en compensar las desigualdades e imperfecciones humanas innatas mejorando el medio ambiente (Lamarck, de Candolle, etc.).

uniforme que cumpliría con todos los requerimientos preconcebidos y, a la vez, sería capaz de perpetuarse en idénticos términos.¹⁸ La extrapolación de la idea de un terreno a otro no es feliz, y por razones que trataremos de explicar más adelante podemos anticipar que el mundo de la selección natural (el de los humanos, por tanto) aunque se comporta biológicamente de la misma manera en que lo hace la selección artificial con el resto de los animales, no responde al propósito mencionado de idéntica manera cuando la reproducción es aleatoria.

La institución eugenista en Argentina

La propuesta eugenista fue rápidamente propagada en Argentina desde instituciones creadas al efecto: la Sociedad Argentina de Eugenesia (fundada por Víctor Delfino en 1918), la Liga Argentina de Profilaxis Social (fundada con mayor fortuna por Alfredo Fernández Verano en 1921, la cual fue autorizada por el Ministerio de Instrucción Pública de la Nación a dictar conferencias sobre el particular a todos los alumnos y profesores de enseñanza media y magisterio de todo el país), la Asociación Argentina de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social (fundada en 1932), la cual contaba con un órgano de difusión científico -los *Anales*- y desde 1933 con un Hospital propio y una Escuela Politécnica de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social orientada a la capacitación,¹⁹ la Liga Argentina de Higiene Mental (cuyo primer presidente fue Gonzalo Bosch en 1930), la Sociedad Luz (1899-1930),

¹⁸ Los eugenistas más avisados encontraban una dificultad para explicar la razón por la cual la endogamia, mecanismo genético selectivo que conduce a la uniformidad, es también a corto plazo una pérdida de aptitud e incluso motivo de extinción. Galton mismo tropezó con esta dificultad cuando estudió a los linajes nobles ingleses: de los 31 títulos de par conferidos en Inglaterra desde la época de Isabel Tudor, 12 estirpes familiares ya se habían extinguido y otras 6 se habían acercado peligrosamente a la extinción (ver GALTON, Francis, *Hereditary Genius*. London, 1869). La polémica entre selección artificial y selección natural atravesó todo el período estudiado. Hoy se cree -acompañando la tesis de Darwin- que toda especie está genéticamente adaptada a la exogamia, y que las modalidades de apareamiento selectivo son empobrecedoras y traen aparejado un mayor riesgo de trastornos hereditarios que el que sufre la población en general.

¹⁹ Las instalaciones fueron inauguradas por el presidente argentino Agustín P. Justo y el Arzobispo de Buenos Aires, entre otras autoridades de peso.

la Sociedad de Puericultura de Buenos Aires, y toda otra extensísima red de organizaciones científicas que apoyó sin reparos al ideario eugénico.

Todas ellas establecieron fuertes vínculos con organizaciones similares a nivel nacional, regional e internacional, se relacionaron con institutos de investigación y docencia, tomaron parte en las reuniones científicas más relevantes de la especialidad, editaron publicaciones de primer nivel y de circulación amplia, influyeron sobre políticos y legisladores (cuando no ocuparon directamente puestos legislativos y político-administrativos sus mismos miembros más conspicuos). Todo ello les permitió influir en decisiones de política pública y en la confección de normativa específica, utilizando argumentos “científicos” y citando a renombrados estudiosos como Galton, Pearson, Darwin, Malthus, Lombroso, Pengue o Verschuer para apoyar sus posiciones ilustradas. Hubo de tal manera intentos por convertir a las Maternidades porteñas en Institutos de Eugenesia y Maternidad, orientándolos hacia los desarrollos eugenésicos preconceptionales, prenatales y posnatales,²⁰ y un sinnúmero de pretensiones equivalentes en la esfera administrativa y legislativa: la extendida polémica por los exámenes médicos prenupciales, por la esterilización permanente de incapaces, enfermos y criminales, por el control diferencial de la concepción, por el aborto eugenésico, por la selectividad de la inmigración que el país habría de acoger...

En estos nuevos contextos fueron muchos médicos higienistas, que venían actuando con éxito desde la década de 1870, los que desarrollaron una labor política, legislativa, de gestión, de estudio y difusión de la novedosa doctrina eugenésica (en ocasiones bajo el rótulo de puericultura, higiene o profilaxis), y fueron acompañados en la tarea por hombres del derecho, psiquiatras, escritores, feministas, educadores e intelectuales de toda laya. Baste citar, a modo ilustrativo, los nombres de Augusto Bunge, Estanislao S. Zeballos, Gregorio Aráoz Alfaro, Ángel M. Giménez, José Ingenieros, Osvaldo Loudet, Víctor Mercante, Rosario Vera Peñaloza, Arturo Rossi y Mariano Castex, que cubren una amplia gama de posiciones que van desde la lucha por la concreción de la solidaridad universal hasta formas groseras de sectarismo y racismo. Todos ellos, sin embargo, compartían igual confianza en

²⁰ La propuesta fue elevada por el Dr. Enrique A. Boero en 1933.

que la ciencia positiva solucionaría los principales problemas que afectaban a la humanidad; y todos realizaban una lectura de esas dificultades en clave biológico-médica, la cual exigía por tanto una solución científica elaborada en términos equivalentes e impulsada con celo desde el propio aparato del Estado. La teoría biológica circulante fue así, una y otra vez, el material de apoyo para sostener esas opiniones fundadas en asuntos que escapaban a la esfera médica propiamente dicha. Al mismo tiempo los expertos en esos asuntos algo oscuros -por falta de precisión conceptual y de desarrollo científico orgánico- se ofrecían como conjunto gremial calificado para llevar a buen puerto las reformas propuestas, vinculadas en mayor proporción con las modificaciones medioambientales y educativas más que con intervenciones sobre una renuente naturaleza biológica humana.

El mejoramiento racial

El movimiento eugenista mundial reconoció desde inicio dos orientaciones, aunque en algunos países se acentuó más una que otra. La orientación *positiva* intentaba favorecer la reproducción de los individuos juzgados valiosos haciendo para ello promoción y prevención de la salud, desterrando el consumo de alcohol y tabaco, enseñando puericultura a las madres jóvenes, estimulando “buenos” casamientos entre personas “sanas”, sosteniendo con ayudas a familias eugénicas numerosas. Y la *negativa*, tendía a desalentar, limitar, prevenir o prohibir la reproducción de aquellos individuos tachados de “indeseables”, mediante esterilizaciones, impedimentos para consumar uniones interraciales, denegación de autorizaciones médicas de casamiento, etc., en el convencimiento de que las costumbres de la sociedad urbana y la medicina del momento estaban empeñadas en permitirle sobrevivir a los más ineptos.²¹ Desde el punto de vista eugenista, tanto la comunidad civilizada como las ciencias de la salud y la higiene se encontraban asociadas

²¹ *Aptitud*, en términos genéticos, significa ventaja reproductiva neta o desempeño reproductivo neto; en otros términos, grado de participación en la ascendencia de las personas futuras o por venir. Un uso laxo y popular del vocablo implica capacidad, adaptación o buen estado; y así lo comprendió la sociedad del momento.

en una dirección anti-darwiniana, y ello comprometía el patrimonio genético humano y el futuro de las naciones.

Los factores eugénicos que colaboraban con el futuro desarrollo biológico del hombre se reducían a aquellos que tenían su origen en el mismo individuo (aspectos biológicos) y los que provenían del medio en el cual éste actuaba (aspectos sociales). Si la eugenesia positiva estaba preocupada por asegurar una paternidad y una maternidad sanas para alcanzar una procreación ideal, entonces este camino resaltaba la ineficacia de medios terapéuticos adecuados encaminados a este fin y las pobres nociones de herencia y generación disponibles. Tan rudimentarios conocimientos obligaron a ejercer a los eugenistas locales un programa profiláctico o preventivo frente a factores disgenéticos (la herencia morbosa, la consanguinidad, el elemento étnico, las uniones tempranas o tardías, la ausencia de educación sexual, el malestar económico, el meretricio, el celibato o las costumbres disolventes), más que un programa positivo y proactivo de antropotecnia, como pudieron haber deseado y alentado en sus disertaciones teóricas.

Los lineamientos generales de la disciplina eugenista en el mundo se conservaron también en la Argentina, a pesar de las modificaciones teóricas a las cuales se tuvo que echar mano aquí para poner a tono el diagnóstico sombrío de la degeneración progresiva de la raza con los cambios que se fueron sucediendo en la biología y la genética humanas. El carácter utópico de la empresa se mantuvo estable a pesar de tales cambios estratégicos: el mandato exigía al hombre crear un mundo nuevo por medio de su propio esfuerzo, una mejora progresiva del ámbito en el cual la vida se desarrollaba; y en la medida en que esto acontecía, en simultáneo, se asistiría a una mejora del hombre mismo.²²

²² En la obra de Campanella, *La ciudad del Sol*, uno de los príncipes, llamado Amor, tenía por cometido supervisar el sistema de apareamiento eugénico, y reflexionaba amargamente cuando sugería: "Ve que hombres y mujeres se unan de tal manera que generen los mejores vástagos. En verdad se ríen de nosotros, que revelamos un atento cuidado por la cría de nuestros caballos y perros, pero descuidamos la gestación de los seres humanos". La palabra 'amor' en este contexto es una rémora romántica que sería más adelante sustituida por un método científico de selección. Encontramos preocupaciones semejantes en el Talmud, el Código de Manú, Teognis de Megara, la *República* de Platón, la utopía de Moro cuando propone el examen médico prenupcial de los futuros esposos, en el *Sistema completo de policía médica* del alemán Johann Peter Frank (1779), en la *Megalontropogenesia* del ensayista francés Robert Le Jeune (1803), o en el *Origen de las especies* de Charles Darwin (1859).

El ofrecimiento de Galton era visto, a su modo, como un presente benévolo, humanitario y misericordioso, por cuanto buscaba reemplazar a la selección natural por otros procedimientos igualmente eficaces. La eugenesia, desde esta perspectiva, se proponía como alternativa para combatir la forma más radical del darwinismo social encarnada en figuras como Ernst Haeckel. La doctrina de la “supervivencia del más apto” regía para éstos la evolución de las comunidades animales, pero también el desarrollo social de los seres humanos.²³ Esta coartada permitió justificar los grandes crímenes biológicos del siglo XIX y XX, pudiendo “transformar a la naturaleza misma en cómplice del delito de desigualdad política”.²⁴

El modelo de pensamiento eugenista era en torno de estos asuntos sencillo y lineal. Se trataba de encontrar los medios más idóneos para salvaguardar la calidad genética de las futuras generaciones, incluyendo el ejercicio de un derecho –si no el deber– de oponerse a la reproducción de los individuos anormales. A este propósito último puede responderse hoy de manera ética y política, o de manera puramente científica. Elegiremos en las páginas siguientes esta segunda aproximación, ensayando una crítica del modelo eugenista a la luz de la moderna genética humana y de poblaciones.

La respuesta científica

El régimen empírico de cría de animales es antiquísimo, y está basado en un sistema de endogamia selectiva para alcanzar dos propósitos bien diferenciados: el primero es alcanzar un producto final óptimo –se tratara de super-perros, super-ratones o super-vacas; el segundo es permitir que los individuos así obtenidos se conviertan en los progenitores de una nueva camada de seres extraordinarios. Las artes del criador posibilitan con alguna

²³ “La selección nos enseña que en la vida humana, tal como en la vida animal y vegetal, en cada lugar y tiempo, sólo la pequeña minoría privilegiada puede continuar existiendo y floreciendo; la gran masa debe padecer inanición y perecer más o menos prematuramente en la miseria... Podemos lamentar profundamente este dato trágico, pero no podemos negarlo ni alterarlo” (Haeckel). Cit. en MEDAWAR, Peter, *La amenaza y la gloria. Reflexiones sobre la ciencia y los científicos*, Barcelona, Gedisa, 1993: 116.

²⁴ La cita es de Condorcet. Cit. en MEDAWAR, Peter, *Op. Cit.*: 116.

facilidad una cría utilizable, comestible, comercializable; pero no siempre los super-animales desempeñaban a carta cabal la función reproductiva. Ciertamente la eugenesia perseguía una determinada especificación genética, y ello implicaba que el producto obtenido debía ser homocigótico o fiel y constante respecto de todos aquellos caracteres sobre los cuales se había practicado la selección. Si los super-animales eran en su mayoría heterocigóticos o poseían una constitución genética mezclada, no se alcanzaba una reproducción fiel. Los desvelos del criador, por tanto, se veían desmentidos con el paso de una sola generación. Hasta la década de 1940 la ecléctica teoría genética imperante parecía respaldar la doble ambición del criador eugenista argentino. Este sostenía que los animales pertenecientes a una especie o comunidad endogámica tenían una composición predominantemente homocigótica. La selección natural, por tanto, cumplía con el papel de fijación de un genotipo particular, configurando o estableciendo una estructura genética determinada, la cual permitía un registro adaptativo máximo ante las circunstancias cambiantes del medio. Al cambiar estas circunstancias también la configuración genética cambiaba, puesto que los nuevos genes -mutantes- estaban permanentemente expuestos a la selección. La selección natural es la artífice de nuevas fórmulas genéticas mejoradas con vista a la supervivencia. El polimorfismo poblacional,²⁵ por su parte, era un disturbio, una anomalía que venía a irrumpir en este plan armónico conducente a la pureza, y que necesitaba de hipótesis ad hoc para volverse comprensible.

La genética contemporánea cuestionó fuertemente esas creencias tradicionales. El polimorfismo no parece hoy un fenómeno de excepción sino la regla que gobierna a las poblaciones de organismos exogámicos (incluidos los seres humanos). Estos son persistentemente diversos en su constitución genética. Tal obstinación por la diversidad hizo que se modificara el ángulo de mira y se abandonara la doctrina clásica explicitada más arriba, pues frente a la evidencia no se pudo continuar sosteniendo que la selección natural operaba con la pretensión de fijar un genotipo particular, una estructura genética privilegiada con mira a los fines adaptativos. En consecuencia, si hay evolución, ella se registra en las

²⁵ Por *polimorfismo* a nivel poblacional ha de entenderse la coexistencia estable de tipos genéticamente diferenciados en una población.

poblaciones, no en los linajes. El producto de la evolución no es un tipo genético básico y característico del cual cada individuo aporta una versión particular y estable más o menos fiel, como hemos sostenido en otra parte.²⁶ Estos individuos de la población guardan diferencias entre sí, pero la población misma mantiene una estructura genética arraigada que resguarda la desigualdad genética entre los individuos particulares. Los miembros individuales que componen la población no son fieles a un modelo, y les es imposible respetarlo en tanto que siendo heterocigotos oportunamente tendrán una descendencia necesariamente disímil. Aunque pueda parecer paradójico podemos aseverar que una población en su conjunto se mantiene fiel a un modelo genético –estructura que reproduce–, mientras que los individuos que la conforman no lo hacen. Los experimentos mendelianos y sus múltiples corroboraciones posteriores nos señalan que bajo un régimen de apareamiento aleatorio, los diversos genotipos que exhiben los individuos de una población aparecen con una frecuencia constante de una a otra generación, excepto que la selección natural alterara sus proporciones e inaugurara una secuencia inédita de desigualdades genéticas.²⁷

El criador a la antigua y los ambiciosos planes eugenistas quedan así desmentidos. Para resolver el dilema, al menos dentro de la granja, basta con aceptar que los animales no pueden cumplir a la vez con los dos objetivos estipulados más arriba: la excelencia y la reproducción por sí mismos de nuevas generaciones de excelencia. La pretensión eugenésica positiva de llevar este mismo programa a los hombres es en cambio inalcanzable en términos científicos, en tanto la diversidad humana es un dato empírico y, además, por cuanto alcanzar un alto grado de homocigosis para uno o dos rasgos implicaría obtener como efecto indeseado complementario la homocigosis de otros rasgos deletéreos letales, o un aumento de la susceptibilidad a ciertas enfermedades, o una disminución de la

²⁶ Ver CECCHETTO, Sergio, “Técnica, artificialidad y naturaleza”, en: Parente, Diego; Solari, Herminia (compiladores, *Ética, razón y conflictividad*, Mar del Plata, AAdIE-BA, 2005.

²⁷ Toda población tiene tamaño y estructura, y estas nociones no deben confundirse. Cuando se habla de población *estable*, significa que esa población mantiene su estructura por edades o distribución por edades, mientras no cambien las tasas de fertilidad y mortalidad que presenta. Ninguna población -humana o no- ha alcanzado jamás tal estabilidad y difícilmente lo logrará, a menos que un régimen tiránico les imponga artificialmente los patrones a seguir a sus súbditos.

fertilidad, etc. El manejo improbable de un número tan grande de genes obtendría como resultado una degeneración segura por endogamia.

La promesa utópica de la eugenesia

Los eugenistas argentinos realizaron promesas desmedidas, soñando con controlar el conjunto de la herencia en la población humana. Para desestabilizar este plan utópico podríamos apelar a la genética mendeliana (que aunque bien conocida entró a la segunda década del pasado siglo, fue entonces poco aplicada a la especie humana) o a la genética cuantitativa o multifactorial (aporte original de Galton y su escuela de biómetras),²⁸ o simplemente deberíamos conocer cómo se distribuyen los genes en una población y por qué la mezcla genética que distingue a diferentes grupos humanos tiende a permanecer constante, una generación tras otra (genética de poblaciones).²⁹ No existía a principios de siglo XX la oportunidad de cambiar genes a voluntad, ni tampoco de expulsarlos definitivamente del espectro humano. Quedaban todavía otras dos alternativas: una lenta, que consistía en la búsqueda de tratamientos médicos curativos contra la herencia defectuosa; y otra presuntamente rápida que impidiera de raíz nacimientos perjudiciales (insatisfactorios, indeseables) y estimulara los nacimientos superiores. Esta última variante teórica fue la seleccionada por los representantes del movimiento eugenista en su variante más intolerante y dura.

Sin embargo, una vez en terreno práctico, el cumplimiento del férreo programa se mostraba muy dificultoso. Siempre algunas personas con defectos dominantes hereditarios simples quedarían sin descubrir, y esquivarían el plan de esterilidad que se les asignaba. Por ejemplo, se calcula hoy que apenas un 0.1 por mil de todos los individuos que heredan un gen dominante deletéreo para la acondroplasia llega a desarrollar la enfermedad. Otro

²⁸ La aparente discrepancia entre mendelistas y biómetras fue saldada en 1918 por R. Fisher, si bien es cierto que los eugenistas tardaron mucho tiempo en admitirlo.

²⁹ Los primeros estudios sobre el particular surgieron de manera independiente y simultánea después de que se “redescubrieron” las célebres leyes mendelianas, y fueron llevados adelante por el matemático inglés Hardy y el médico alemán Weinberg (1908).

padecimiento severo, como la corea de Huntington –también ocasionada por un gen dominante- aparece por lo general a edad relativamente avanzada, es decir cuando el gen ya ha tenido la oportunidad de pasar a la generación siguiente. El plan de limpieza hereditaria triunfaría con estas y otras muchas dolencias dominantes, pero éstas reaparecerían por mutación a la generación siguiente. Esto significa que siempre el triunfo del proyecto sería relativo y jamás radical, a pesar de todos los esfuerzos implicados.

Otro gran conjunto de males hereditarios no se debe a genes dominantes simples sino a combinaciones o interacciones de varios genes relacionados con las condiciones ambientales. Este tipo de herencia, llamada poligénica, cuantitativa o multifactorial es el que puede dar cuenta de fenómenos complejos tales como la inteligencia, el retardo mental hereditario, las malformaciones congénitas (anencefalia, espina bífida, labio leporino, etc.), la diabetes tipo 2, y otras tantas enfermedades y características humanas. Ocurre que, apegados a un modelo simplista (“un factor, un rasgo”), los simpatizantes de la eugenesia pretendían identificar un único gen como agente responsable por la totalidad de cualquiera de estas características complejas. El diagnóstico de degeneración de la especie era referido, primordialmente, al déficit intelectual que acompañaba a ciertos individuos, y que se atribuía de manera difusa a la existencia de “genes defectuosos”, relegando a un lugar secundario las causas ambientales intervinientes (desnutrición, enfermedades prenatales y posnatales, carencias sociales crónicas, etc.). Hasta hoy, sin embargo, no se han podido detectar genes individuales responsables por el desarrollo intelectual global,³⁰ salvo casos de enfermedades hereditarias (mendelianas o cromosómicas) relativamente infrecuentes. No caben dudas de que existen miles de genes que influyen en el desarrollo intelectual, y pretender favorecer a algunos e impedir la aparición de otros es un deseo imposible de concretar.

La acción enérgica que se pretendía alcanzar mediante la eugenesia sistemática se atenúa aún más cuando la eliminación apunta a caracteres hereditarios causados por genes recesivos sencillos. La mayoría de ellos permanecen escondidos en personas heterocigóticas, en las cuales no se pueden percibir a simple vista.

³⁰ Consultar el espléndido alegato de GOULD, Steven J., *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Gedisa, 1983.

La prohibición de la reproducción alcanzaría, en consecuencia, solamente a individuos homocigóticos en los cuales el defecto disvalioso se ha manifestado abiertamente. La proporción de uno y otro bando depende de lo frecuente o de lo raro que el gen en estudio sea en una población determinada. En consecuencia, aunque se lograra impedir la reproducción de todos los individuos que exhiben genes disvaliosos de esta naturaleza, el gen perseguido encontraría manera de perpetuarse a través de sus portadores "silenciosos" y de reaparecer en los niños de la generación siguiente. Unos afamados genetistas contemporáneos anotaron la dificultad práctica a la que se encontraba enfrentada la eugenesia para cumplir con su anhelado futuro sin indeseables. Si generación tras generación todas las personas portadoras de un gen recesivo y raro que afectara en inicio aproximadamente al 25% de la población total fueran impedidas de reproducirse, el porcentaje de nacimientos de niños con ese defecto disminuiría según la siguiente escala. La generación inicial arrancaría con el 25% de defectuosos; esta cifra se reduciría al 11% en la segunda generación; al 6% en la tercera; al 4% en la cuarta; al 3% en la quinta; al 0.8% en la décima primera; al 0.2% en la vigésimo primera; al 0.1% en la trigésimo primera; al 0.04% en la quincuagésimo primera; y al 0.01 en la centésimo primera generación. La escala entusiasma cuando se percibe una reducción de casi el 50% al comienzo, pero para alcanzar igual cifra luego se necesitan otras dos generaciones (reducción del 6 al 3%), y luego para reducirla del 3 al 1% es necesario el paso de otras cinco generaciones. Al trabajar sobre cifras más pequeñas el decrecimiento se vuelve más lento y, siendo la duración media de una generación humana de 25 años, fácilmente se comprende que los beneficios inmediatos anunciados por los eugenistas llegarían a percibirse entre tres y veinticinco siglos después de iniciado el plan de "pureza étnica".³¹ Si tal cosa acontece con un defecto altamente difundido entre la población general (uno que afecta al 25% de sus componentes), más dificultosa todavía resulta la erradicación de un carácter recesivo infrecuente y raro como el albinismo,³² pues se necesitarían unas doscientas generaciones (o 5.000 años) para reducir la población a la mitad de los que hoy portan el defecto.

³¹ DUNN, L. C.; DOBZHANSKY, Theodosius, *Heredity, Race and Society*, New York, Penguin, 1946: 99 y ss.

³² Esto siempre que sepamos con que frecuencia aparece este gene en la población estudiada.

En resumen, cuando un gen dominante sencillo es común, se encuentra en personas que manifiestan sus efectos, los demás pueden percibirlos con facilidad. Evitando la reproducción de los defectuosos la frecuencia de la anomalía disminuye drásticamente y podría pensarse que desaparece de raíz, porque no se transmite a una nueva generación. Si apenas puede hacerse esto con una porción de los afectados, la presencia del defecto se hace menos frecuente. Si el defecto es dominante, pero obra por la combinación de varios genes o se desarrolla sólo bajo ciertas condiciones ambientales, entonces el impedimento reproductivo obrará muy lentamente su efecto benéfico. Pero cuando los defectos a eliminar se deben a genes recesivos, que permanecen latentes en individuos que no manifiestan su presencia, entonces los impedimentos para reproducirse pierden efectividad y el proceso demandará siglos o milenios para realizarse. Esta conclusión se aplica cuando enfrentamos programas de eugenesia negativa que idealmente se cumplen de manera absoluta, a lo largo de muchísimos siglos, sin que ninguna persona defectuosa sea capaz de escapar de él, lo cual es un *desideratum* en la práctica. Pero aún suponiendo que esta realización faraónica fuera posible, queda todavía una zona inexplorada, que refiere a la relación que establecen los genes con el ambiente; y la impunidad de individuos con apariencia totalmente normal que llevan consigo su herencia deficiente pero se mantienen al margen del programa limitativo. Y todavía más: ¡el éxito global del emprendimiento eugenista reside en la erradicación, no de uno o dos defectos hereditarios, sino de todos ellos en su conjunto, por más raros e infrecuentes que sean! Esta tarea enorme descuenta que a cada gen defectuoso le corresponde un rasgo defectuoso, y no examina la cantidad de defectos ocasionados por la interacción de varios genes, hecho que aumentaría el volumen total de trabajo a realizar. La concepción clásica de la herencia, en sus albores, estudió especialmente las diferencias de clase entre los seres humanos y entre otras especies con reproducción sexual (herencia segregativa), ámbito en el cual aplicó la fórmula unívoca “un factor – un rasgo”. Pero asimismo dejó a un lado el estudio de la herencia poligénica (es decir, las variaciones que no separan a los individuos entre una amplia mayoría que posee una determinada característica y una ínfima minoría que no la posee). Tal herencia cuantitativa imprime en los organismos diferencias de grado o de matiz, bajo control combinado de gran cantidad de genes (control poligénico), y

este dato fundamental tampoco fue tomado en cuenta por los eugenistas.³³

Colofón

El convencimiento íntimo de que una familia o grupo humano es racialmente superior a sus vecinos es un prejuicio arraigado entre los seres humanos de toda época y lugar, pero sólo con el advenimiento de la ciencia decimonónica tal idea pudo adscribirse a las cualidades biológicas heredadas. La eugenesia trató de establecer con relación a esos parámetros una ponderación de la vida humana valiosa y disvaliosa, aunque para su justificación tuviera que apelar a teorías de la herencia muy endeble. A medida que estas propuestas teóricas fueron ganando hondura y confirmaciones prácticas, el saber de los eugenistas fue perdiendo su base científica de sustentación. Enfrentados a un contexto del saber que les era adverso, continuaron sin embargo sin variar la oferta de sus recetas y persiguiendo, con las mismas herramientas, una finalidad performativa. La persistencia de esta creencia en la región, apenas modificada con propósito cosmético para simular acuerdos de fondo con la ciencia biomédica naciente, denuncia la existencia de rasgos orientadores del movimiento social eugenista argentino, en el que preponderó su naturaleza utópica e ideológica, por encima de toda otra consideración tecnocientífica.

³³ Los actuales defensores ortodoxos de la eugenesia se desentienden de las observaciones científicas consignadas. Ver, a modo de ejemplo de esa literatura acrítica, VADAS, Ladisla, *El superhombre genético. Eugenesia e ingeniería genética: la solución*, Buenos Aires, Reflexión, 1993: 47-69.